

P. Leonardo Castellani

El Bautista y los fariseos

Este evangelio, trae el segundo testimonio de Juan Bautista acerca de Jesucristo, el que dio a las autoridades religiosas oficiales.

Está puesto al principio del EVANGELIO del otro Juan después del solemne prefacio en que el Evangelista declara que *'el Verbo era Dios'*. Juan el Águila conecta su propio testimonio de que Cristo era Dios (objeto del cuarto EVANGELIO) con el testimonio de Juan el Lobo de que Cristo era el Mesías; completándolo.

Este testimonio del Bautista a los fariseos acerca de Cristo y de sí mismo, tuvo lugar más o menos en la mitad de su corta carrera, que fue más corta aun que la de Cristo. Juan sobrevino repentinamente como un meteoro, iluminó lo que tenía que iluminar, y se apagó bruscamente.

San Lucas tarja cuidadosamente el principio y el fin de su corta tarea, como si esos dos toques tuviesen notable importancia. Al principio de su misión predicó simplemente, aunque con fuerza extraordinaria *'penitencia urgente porque el Tiempo llegó'*. Sus oyentes sabían perfectamente qué cosa significaba *'el Tiempo'*, que entonces era objeto de las más ardientes discusiones: las Setenta Semanas de Daniel ya cumplidas, la esperanza de Israel y las Naciones a punto de realizarse, la *plenitud de los tiempos*.

A los que daban muestras de arrepentimiento de sus faltas —hasta confesarlas públicamente algunos— Juan los bautizaba por inmersión, advirtiéndoles que era bautismo “provisorio”, y les imponía una regla de conducta sencilla, tomada de la moral natural; porque para reconocer al Mesías había que *disponerse*, quitando las lagañas de los ojos interiores. Con esto, su trabajo estaba listo.

Sus imprecaciones contra el fariseísmo no empezaron sino después de la investigación oficial que narra el evangelio de hoy. Juan sabía perfectamente quiénes eran los fariseos — era de familia sacerdotal— sobre todo si fue *essenio*, como creemos; pero era como una onza de plata en rectitud y humildad; y lo mismo que Cristo, no iba a empezar su misión religiosa con un levante a las autoridades religiosas, que no es la manera de empezar de los santos; aunque a veces es la manera de acabar; y de que lo acaben a uno. Véase por ejemplo el acabamiento del filósofo Soren Kirkegor.

Cuando se presenta en el remanso solitario de Besch-Zedá una delegación de *'sacerdotes y levitas'* comisionados de Jerusalén, Juan los acoge con sencillez y sin descortesía; probablemente con reverencia incluso. Su nombre corría ya de boca en boca como de un varón extraordinario; las mujeres y algunos

entusiastas se dejaban decir que era nada menos que 'el Mesías'. ¿No se habían cumplido ya los Quinientos Años de Daniel? El Cotarro de Jerusalén — que en hebreo se llama Sam-Hedrim y en griego Synhedrio — aunque era propenso a despreciar, no podía pasarlo por alto; y así mandó tomarle declaración:

—*"Tú, ¿quién demonio eres?"* —el diálogo entre el Bautizador y los delegados es altamente típico—. *"Juan confesó y no negó, y confesó diciendo..."* marca el Evangelista, indicando que se trataba de una "confesión" o declaración de conciencia, incluso quizá peligrosa. *"Yo no soy el Mesías"*, dijo San Juan, leyéndoles las intenciones. *'Entonces, declara quién eres ¿eres por si acaso Elías?'* —*'No soy Elías'*. —*"¿Eres Profeta?"* —*"No"*. La última réplica le salió seca.

Sin embargo Cristo, que no miente, dirá después que Juan era en cierto modo Elías, y que era el más grande de los Profetas. ¿Por qué negó Juan que era profeta? *'Por fastidio hacia esa gente soberbia'*, dirá Teofilacto. *'Por humildad'*, dirá el Crisóstomo. Pero la humildad nunca está reñida con la veracidad, *"la humildad es la verdad"*, dice Santa Teresa. Juan no negó que era profeta, Juan negó que era 'el Profeta'... que estaba en la mente de los interlocutores. Llenos de bambolla y de ideas "nacionalistas", ellos se figuraban un Mesías guerrero; y un Precursor Caudillo, por el estilo.

Ese Profeta que ellos imaginaban, un Elías o un David, no era Juan. Era sin embargo más que David en su humilde estación y en su aspecto áspero y salvaje. Era el dedo que apuntaba a Cristo; y en ese sentido, metafóricamente, era también Elías (...)

" — *Entonces ¿tú quién diablo eres, y a ver qué nos dices de ti mismo, para que llevemos Respuestas a los que nos envían...*". Era la conminación de la autoridad. Juan no se sustrae a ella:

" — Yo soy *La-Voz-que-grita-en-el-Desierto*" (una sola palabra en arameo, como si dijéramos *Wuesterlichrufendestimme* en alemán, "ése es mi nombre" ...). El mundo en aquel tiempo, religiosamente hablando, era un desierto. Juan era una simple voz; pobre y potente voz, una voz casi sin cuerpo, un cuerpo humano hecho pura voz.

" — *¿Y qué grita esa voz?* "

" — *Grita: Preparad los caminos al Señor, como dijo Isaías Profeta. Nada más*".

Los fariseos lo despreciaron: era uno de tantos gritones más. Era un fanático de la revolución mesiánica. A la vista estaba que éste no iba a vencer a Pilato, ni a derribar a Herodes y a los herodianos. Políticamente, cero.

" —*Entonces ¿cómo diablos bautizas, si no eres ni el Cristo, ni Elías, ni el*

Profeta? "

Gran idea tenían los judíos del bautismo; la misma que tenemos nosotros. Perdonar los pecados puede solamente Dios o aquel que lo representa; y ese lavacro con agua significa para ellos y nosotros la limpieza de las lacras morales.

Juan ya había bautizado a Cristo y había tenido la gran revelación del Espíritu acerca de él. *'Aquel sobre el cual vieres descender en forma visible el Espíritu, Ése es'*. Así que lanzó directa y decididamente su Testimonio, lo que tenía que anunciar, aquello para lo cual era nacido, a unos oídos taponados y no dignos de recibirlo: .

" —Yo bautizo con agua; en medio vuestro está Otro, que vosotros desconocéis, que bautizará con fuego. Ese es el que ha de venir después de mí, que fue hecho antes de mí. Ese es más grande que yo, y en tal medida, que yo no soy digno ni de atarle los cordones del calzado "

Zás, aquí sí que la arreglamos — pensaron los fariseos — ; éste es loco. Despreciaron a Juan y no aceptaron su bautismo precursorio, para mal de ellos, dice el EVANGELIO. Más tarde Cristo los pondrá en gran aprieto, refiriéndose justamente al bautismo de Juan.

Veamos el otro episodio paralelo a éste. En el Templo, en una de sus últimas contiendas con estos hipócritas engreídos, exigiéndole ellos, lo mismo que a Juan, declinase *"con qué autoridad haces esas cosas"*, respondió discretamente el Cristo:

" — Decidme vosotros antes, por favor: el bautismo de Juan ¿era de Dios o era [invención] de los hombres? "

Se cortaron; porque vieron que si respondían *era de Dios*, reconocían que Cristo tenía verdaderamente autoridad; y si decían *era cosa de hombres fanáticos*, temían la ira del pueblo. *"No sabemos"*, dijeron.

"— ¡Entonces tampoco puedo deciros qué autoridad tengo yo!".

Parece un truco hábil de los usados por los "contrapuntistas" palestinos; y una "respuesta de gallego", que dicen los catalanes responden *preguntando*; y lo es en efecto. Pero es más que eso: es responder implícitamente a la pregunta: "Si Juan el Bautista tenía autoridad de Dios, yo tengo autoridad de Dios". Era responder y no responder, que es lo que cumple con los malintencionados.

Con esta autoridad, el Precursor de Cristo comenzó desde entonces a denunciar a los fariseos, y a imprecarlos con la voz gorda; que es la única que quedaba para salvarlos, aunque tampoco los salvó por cierto. *"Hijos de víboras, raza de serpientes, generación bastarda y adúltera, ¿qué os habéis pensado? ¿Pensáis que habéis de poder huir de la ira de Dios que se*

aproxima?". Juan denunció a los fariseos como los peores corruptores de la religiosidad; denuncia que había de retomar más tarde Jesucristo en pleno y en gran estilo.

El fariseísmo es la sífilis de la religión, y el peor mal que existe en el mundo. Es el *'pecado contra el Espíritu Santo'*. Tanto que algún Santo Padre ha predicado que los únicos que van al infierno (es decir, que de hecho se condenan) son los fariseos; y que eso significaría el dicho de Cristo: *'ese pecado no tiene perdón en esta vida ni en la otra'*, proposición que yo no suscribiría, porque realmente no sé en absoluto quienes están de hecho en el Infierno, como pretendió saber Dante Alighieri. Ni nadie lo sabe. Recuerdo cuando yo estaba por hacerme cura, el párroco de mi pueblo, un piemontés nombrado Olessio, me dijo: *'Apruebo tu determinación; pero te prevengo que el infierno está lleno de curas...'*. Ni él tampoco sabía nada, por cierto.

Tampoco sé si Juan el Bautista fue el santo más grande que ha existido, mayor que San Francisco, San Pablo y San José. Esa discusión no interesa.

Los jesuitas creen que el santo mayor es San Ignacio; los dominicos que fue Santo Domingo; los españoles que fue Santa Teresa; los franceses Juana de Arco; y en un pueblo andaluz que se llama Recovo de la Reina, cuyo patrono es San Pantaleón, creen que el santo mayor de la corte celestial es el...

'Glorioso San Pantaleón

Santazo de cuerpo entero

Y no como otros santitos

Que ni se ven en el suelo...'

Lo que interesa no es saber cuál fue el santo más grande — todos son los más grandes, cada uno en su línea, como todas las obras maestras—, sino llegar a contarse entre ellos, aunque sea como el más pequeño.

Juan el Bautista fue el santo más grande del ANTIGUO TESTAMENTO; pero el santo más chico del NUEVO TESTAMENTO es mayor que él, dijo Cristo, si quieren saberlo. Y con eso basta.

Primer testimonio del Bautista

Otro evangelio acerca de Juan el Bautizador es el comienzo de Lucas, III, y contiene solamente la marca cronológica y los dos primeros temas de la predicación de Johanan. Lucas marca solemnemente este acontecimiento, nombrando a todas las autoridades, como hacían los romanos: 5º año del Imperio de Tiberio; Procurador de Judea, Poncio Pilato; Tetrarca de Galilea, Herodes; Tetrarca de Iturea, Felipe su hermano; y de Abilina, Lisania —con el cual Lisania hallan dificultades los historiadores—; bajo los Pontífices Caifás, y Anás su suegro, que aunque pontífices había sólo uno, todos sabían

que el que mandaba realmente era el suegro, o mejor dicho, toda la familia... Esta indicación sirve mucho a los eruditos para determinar la difícil cronología de los hechos evangélicos; y como el fin de San Juan está bien marcado en la Segunda Misión Galilea de Cristo, es decir, en su segundo año, sabemos que la misión y la vida de Juan fue muy corta y que murió de la misma edad de Cristo, cerca de octubre del año 32; de nuestra cronología, el 26.

Juan le llevaba seis meses de vida a su primo Jesucristo. '*Et hic sextus mensis est illi, quae vocatur sterilis*'. San Lucas reporta el nacimiento y la vocación del Bautista en un capítulo lleno de movimiento lírico-dramático, que termina con el *Cántico de Zacarías*, joya de la lírica hebrea. Hijo del milagro, Juan nació de una mujer estéril y un varón anciano; y el Ángel Gabriel anunció de antemano el suceso a su padre; el cual dudó de la visión, en castigo de lo cual quedó mudo. Estaba el Ángel de la Anunciación a la derecha del altar del incienso; y anunció al sacerdote Zacarías la gloria futura de su hijo, mientras la plebe afuera oraba en masa y se extrañaba de que el Sacerdote se demorara tanto. '*Nacerá para alegría de muchos, no beberá vino ni grapa, y será lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre*'. No beber vino era señal de ser *essenio*, una especie de ermitaños o monjes que no se cortaban el cabello, no tocaban un arma, guardaban continencia voluntaria y vivían en oración y penitencia para implorar la venida del Mesías y prepararse a ella. El historiador Josepho narra de los *essenios* varias cosas raras y aun ridículas, al lado las otras que dije; que pueden ser verdad, o pueden ser de esas cosas inventadas que en todos los tiempos el vulgo dice de los "frailes". El EVANGELIO dice que el hijo de Zacarías y Elizabeth desde muy niño, movido por el Espíritu Santo, se fue al desierto; y por ende fue *essenio*, porque en el desierto, de niño no pudo haber vivido solo, ni lo permitirían sus padres. En el Medioevo los chicos se escapaban de su casa para meterse en los cluniacenses, cuando predicaba San Bernardo. Y en nuestros días, en la India pasa a veces lo mismo, según leemos en el... Reader Digest. Puede que sea verdad.

En el desierto vivió de langostas y miel silvestre: en Oriente (en las Filipinas hoy día, por ejemplo) comen las langostas; pero son allá unos bichos diferentes de los nuestros, más grandes y más sabrosos; y también diferentes de las langostas de Chile. Las secan al sol y las mascan como maní, o semilla de girasol. Después de eso no sabemos más del niño prodigio, hasta que aparece como un meteoro "*en toda la comarca del Jordán*".

Cerca de los 32 años, "*se hizo la voz de Dios sobre él*"; y él cayó como un león a bramarla ante las gentes de Judea. Su boca estaba llena de las palabras más *agrias de los profetas*: '*Raza de víboras — generación adúltera — corazones de piedra — falsos hijos de Abraham — árboles sin fruto buenos para el fuego — árboles muertos listos para el hacha*'. La muchedumbre quedaba tocada: '*Cuando venga el Mesías no lo reconoceréis por vuestras maldades; pero Dios puede convertir las piedras estas en hijos de Abraham*' — "*¿Qué debemos hacer?*". Juan se ablandaba entonces y les imponía los mandatos de la ley natural, antes que las observaciones vanas y las inútiles

excrecencias de la moral talmúdica.

Asombra la lenidad de los preceptos de Juan al lado de la acidez de su dogmática. Los que son austeros consigo mismos, suelen ser dulces para con los demás; y viceversa.

"Los soldados le preguntaban: Maestro, ¿qué haremos? y él respondía: < No andéis pidiendo aumentos de sueldo y no seáis prepotentes >". Se ve que los militares han sido siempre los mismos. A los cobradores del gobierno les decía: *"No andéis sacando coimas"*; y a la muchedumbre en general: *"Haced limosnas por poco que algo os sobre"*. De aquí sacaron los Santos Padres que la limosna es el mejor medio para la expiación de los pecados, no más que la oración, pero más que el ayuno. Y después los bautizaba con el "bautismo de Juan", el bautismo preparatorio o provisorio.

San Juan imponía a la gente simplemente su deber profesional, el *deber de estado* que se llama; y no se puede dudar que estaba muy acertado, porque el deber de estado resume en sí todos nuestros deberes. *"Las mujeres se salvarán por la crianza de sus hijos"*, dice San Pablo: es su deber profesional. Si no eres buen obrero ¿cómo serás buen hombre? Y si no eres bueno a manejar tus manos ¿cómo ordenarás tus pensamientos, que son mucho menos obedientes? Ustedes encontrarán tipos que son "muy religiosos", y no son buenos hijos o buenos vecinos o buenos ciudadanos; bien: no son *muy* religiosos. También se encuentran "buenos religiosos" que son malos profesores, malos predicadores, malos escritores —o malas enfermeras o maestras—: no creo que sean muy buenos frailes. Un buen fraile que escribe, lo menos que puede hacer es aprender a escribir; si no, que no escriba. Agarran a un fraile buenazo y corto lo hacen Superior de un convento: como hombre es un santo y como Superior una porquería. Para hacer un buen ángel, primero hay que hacer un buen hombre, decía San Francisco de Sales. Agarran a un reíto del suburbio y de golpe quieren hacerlo un sacerdote del Altísimo a fuerza de devociones; y no les sale. Salen *"fetos con alas"*, como decía Don Orione. Primero de leer la IMITACIÓN DE CRISTO, hay que aprender la ETICA A NICÓMACO.

Contra todas estas macanas militaba San Juan Bautista. Que cada cual comience por hacer bien su oficio. Al rey Herodes, que cayó allí con su comitiva, de curiosón no más, a ver cómo era aquello que toda la gente hablaba, no le dijo que hiciese bien su oficio de rey, pues todos sabían que no era rey sino de mojiganga. Le dijo una cosa casi suicida: *'No te es lícito cohabitar con la mujer de tu hermano'*.

(P. Leonardo Castellani, El Evangelio de Jesucristo, Ed. Dictio, Bs. As., 1977, pp. 413-422)